

cómo tener tiempo para tanto? Cuando llegaba á un punto, no pensaba más que en comer bien; cuando me ponía en marcha sólo en hacer mi camino. Conocía que un nuevo paraíso me esperaba fuera, y no tenía otro pensamiento que ir en busca suya.

Nunca experimenté todo esto con tanta fuerza como al salir esta vez de París. Cuando á él me dirigía, mis ideas se reducían á lo que iba á hacer. Lanzábame á la carrera en que iba á entrar, y la había recorrido gloriosamente; pero no me llamaba mi corazón á ella, y los seres reales molestaban á los imaginarios. El coronel Godard y su sobrino hacían un mal papel al lado de un héroe como yo. Gracias al cielo ya estaba libre de todos esos obstáculos; podía internarme á mi sabor en los países imaginarios, pues nada más tenía en perspectiva. Así divagué de tal modo que realmente me extravié varias veces, y hasta me hubiera disgustado haber ido más derecho, porque conociendo que al llegar á Lyon iba á encontrarme otra vez en la tierra hubiera querido no llegar jamás.

Un día, entre otros, en que, habiéndome desviado á propósito para admirar más de cerca un paisaje admirable, me extasié de tal modo y di tantas vueltas en derredor que al fin me perdí completamente. Después de una correría de algunas horas, buscando en vano el camino, cansado ya y muerto de hambre y de sed, entré en una casa de campo que no tenía muy buen aspecto, única que se divisaba en todo el contorno. Yo creí que sería como en Ginebra y en Suiza, donde todos los habitantes se hallan en estado de ejercer la hospitalidad á su gusto; por consiguiente, pedí á un hombre que hallé en la casa que me diese de comer pagando, y me dió leche desnatada y un pedazo de un tosco pan de cebada, diciéndome que era cuanto tenía. Bebí la leche con el mayor placer y me comí el pan con pajas y todo; pero esto era muy poco confortable para quien estaba extenuado de fatiga. El campesino, que me

estaba contemplando, juzgó por mi apetito de la verdad de mis palabras. De pronto, después de decirme que ya veía<sup>1</sup> que era yo un hombre de bien, que no había ido allí para venderle, abrió una pequeña trampa que había cerca de la cocina, bajó por ella y á poco volvió con pan de trigo candéal puro, un jamón muy apetitoso, aunque empezado, y una botella de vino, cuyo aspecto me regocijó más que todo lo demás; á todo esto juntó una tortilla bastante espesa, y tuve una comida como no la habrá conocido nadie que no haya viajado á pie. Cuando fui á pagar volvieron á apoderarse de él la inquietud y los temores; no quería absolutamente tomar el dinero que le ofrecía y lo rechazaba con una turbación extraordinaria, y lo singular era que yo no podía imaginar cuáles eran sus temores. Por fin, pronunció, estremeciéndose, las terribles palabras de empleado del fisco y visitador de bodegas. Dijome que ocultaba el vino á causa de las contribuciones, que escondía el pan por miedo á los tributos, y que estaba perdido si podían husmear que no se moría de hambre. Cuanto me dijo sobre este particular, de que yo no tenía la menor idea, me causó una impresión indeleble. Éste fué el germen de ese odio inextinguible que después se desarrolló en mi corazón contra las vejaciones que sufre el pueblo desdichado y contra sus opresores. Á pesar de ser medianamente acomodado, aquel hombre no se atrevía á comer el pan que había ganado con el sudor de su rostro, y si quería evitar su ruina no tenía más remedio que manifestar una miseria igual á la que le rodeaba. Salí de su casa tan indignado como enternecido, y deplorando el destino de esas bellas comarcas que la naturaleza ha favorecido para hacerlas presa de los bárbaros publicanos.

Este es el único recuerdo bien preciso que conservo de

<sup>1</sup> Entonces, á lo que parece, no tenía la fisonomía que posteriormente me han dado en mis retratos.



aquel viaje. Tengo presente también que, cuando me hallé cerca de Lyon, me dieron impulsos de continuar el camino hasta las márgenes del Rin, pues entre las novelas que había leído con mi padre, figuraba la *Astrea*, y era la que venía más á menudo á mi memoria. Pregunté por el camino de Forez, y una posadera me dijo, conversando, que era un país muy socorrido para los obreros, donde había muchas herrerías y se trabajaba muy bien el hierro. Este elogio calmó de repente mi curiosidad novelesca y no me pareció conveniente ir en busca de Silvanos y Dianas á una población de herreros. La buena mujer que de tal suerte me animaba seguramente me había tomado por un oficial de cerrajero.

No me dirigía á Lyon sin algún fundamento. En cuanto llegué, fuí á las Chasottes á visitar á la señorita del Chatelet, amiga de la señora de Warens, quien me había entregado una carta para ella, cuando salí con el señor Le Maître; así es que ya era una persona conocida. La señorita del Chatelet me dijo que efectivamente su amiga había pasado por Lyon, pero que ignoraba si habría seguido hasta el Piamonte, y añadió que al marcharse, ella misma no estaba segura de si se detendría en Saboya, y que si yo quería, ella escribiría para tener noticias suyas, y que el mejor partido que podía tomar era esperar dichas noticias en Lyon. Acepté la oferta; pero no me atreví á decir que tenía prisa por conocer la respuesta y que mi escaso caudal no me permitía esperar mucho. Lo que me contuvo no fué que me recibiese mal, por el contrario, me recibió con mucho agasajo, y me trataba con una igualdad que me quitó las fuerzas para revelar el estado en que me hallaba y descender del lugar de amigo al de un infeliz mendigo.

Paréceme ver con bastante claridad la continuación de cuanto dejo consignado en este libro. Sin embargo, creo que me acuerdo de haber hecho otro viaje á Lyon, dentro de este

mismo intervalo, pero no puedo apreciar la fecha y sólo recuerdo que me hallaba ya bastante apurado. Nunca lo olvidaré á causa de una aventurilla que me sucedió y que no es fácil de relatar.

Un día me hallaba en Bellecour, después de una miserable cena, meditando en los medios de salir de apuros, cuando vino á sentarse á mi lado un hombre con gorra, que parecía uno de esos tejedores de seda á quienes llaman en Lyon tafetaneros. Dirigióme la palabra, yo le respondí. Apenas hacía un cuarto de hora que estábamos conversando, cuando, siempre con la misma tranquilidad y sin cambiar de tono, me propuso que nos divirtiésemos juntos. Yo esperaba que me explicase en qué había de consistir la diversión; pero sin añadir palabra, creyó de su deber darme el ejemplo. Casi nos tocábamos y la oscuridad de la noche no era tanta que no me permitiese ver á qué clase de ejercicio se preparaba. Parece que no pretendía nada de mí, á lo menos nada vi que revelase lo contrario y además el sitio no le hubiera sido favorable; no quería sino exactamente lo que me había dicho, divertirse y que yo me divertiera, cada cual por su lado; y la cosa le parecía tan sencilla que ni siquiera se le ocurrió que á mí pudiese no parecérmele tanto. Yo me asusté de tal modo al ver tanta impudencia, que me levanté precipitadamente, sin responderle, y me eché á correr á escape, creyendo que aquel miserable me perseguía. Tan turbado me hallaba, que en vez de dirigirme á casa por la calle de Santo Domingo, me metí por el lado del malecón, y no me detuve hasta pasado el puente de madera, temblando como si acabase de cometer un crimen. Yo era presa del mismo vicio, pero este recuerdo me libró de él por mucho tiempo.

En este viaje tuve otra aventura poco más ó menos del mismo género, pero que me puso en mayor peligro. Viendo que mi dinero se acababa por momentos, empleé con mayor economía lo poquísimo que me quedaba. Comía con menos



frecuencia en la posada, y á poco no volví á comer en ella, pudiendo llenar el estómago en una taberna por cinco ó seis sueldos lo mismo que allí por veinticinco. No yendo á comer, no sabía cómo ir á dormir á la posada, no porque debiese gran cosa, sino porque me daba vergüenza ocupar un cuarto sin dejar ganancia á la posadera.

La estación era agradable; una noche que hacía mucho calor, me resolví á pasarla al raso, y ya me había acomodado sobre un banco, cuando un clérigo que pasaba, viéndome acostado en aquel sitio, se acercó preguntándome si no tenía dónde ir á dormir. Yo le confesé mi situación, que pareció aligerle; se sentó á mi lado y entramos en conversación. Hablaba bastante bien, y por lo que me dijo, formé de él la opinión más ventajosa. Cuando me vió bien dispuesto me dijo que su vivienda no era muy holgada, que no tenía más que un cuarto, pero que de todos modos no me dejaría dormir á la intemperie; que ya era tarde para procurarme alojamiento, y que, por aquella noche, me ofrecía la mitad de su cama. Yo acepté el ofrecimiento, esperando ya adquirir un amigo que pudiese favorecerme. Marchamos, hizo fuego con el pedernal, entramos en el cuarto, que me pareció limpio en su pequeñez, é hizo los honores con mucha urbanidad. Sacó de un bote de vidrio algunas cerezas en aguardiente comimos un par cada uno, y nos acostamos.

Aquel hombre tenía las mismas aficiones que mi judío del hospicio, pero no las revelaba tan brutalmente. Ya sea que, sabiendo que podían oirme, temiese obligarme á defenderme, ya que en efecto no estuviese tan resuelto en su propósito, el hecho es que, no atreviéndose á hacerme una proposición abiertamente, procuraba conmoverme sin molestarme. Más instruído que la vez primera, pronto comprendí su intento, lo que me hizo estremecerme, é ignorando en dónde ni en poder de quién me hallaba, temí, si metía ruido, pagarlo con

la vida. Fingí no comprender lo que quería; pero dando á entender que sus caricias me molestaban, y, mostrando la resolución de no permitir su curso, logré que se viese obligado á contenerse. Entonces le hablé con toda la dulzura y toda la firmeza de que era capaz, y, sin manifestar que sospechase nada, le expliqué mi inquietud, contándole lo que me había pasado en el hospicio, y procuré hacerlo con tal expresión de aversión y de horror, que me parece que á él mismo se le revolvió el estómago, y renunció por completo á su repugnante designio. Tranquilamente pasamos el resto de la noche; hasta me dijo una porción de cosas muy buenas, llenas de buen sentido, y seguramente no era un hombre que careciese de algún mérito, aunque fuese gran sin vergüenza.

Por la mañana, el señor abate, que no quería parecer disgustado, habló de almuerzo, y suplicó á una de las hijas de la huéspeda, que era bonita, que lo hiciese traer. Ella respondió que no tenía tiempo. Entonces se dirigió á la otra hija, que no se dignó responder. Nosotros espera que espera, y el almuerzo no venía. Al fin nos dirigimos á la sala, donde ellas estaban. Al señor abate le recibieron de un modo muy poco halagüeño, y yo todavía tuve menos de que envanecerme. La mayor, al volverse, apoyó su agudo tacón sobre la punta de mi pie, donde un callo que me dolía en extremo me había obligado á cortar el zapato; la otra retiró bruscamente una silla que estaba detrás de mí, donde iba á sentarme; su madre me salpicó la cara tirando agua por la ventana; donde quiera que me colocaba, me hacían apartar para buscar alguna cosa; en la vida me había visto en semejante fiesta. En sus miradas insultantes y burlonas se descubría un odio oculto que tuve la estupidéz de no comprender.

Pasmado, estupefacto, próximo á creerlas poseídas del demonio, comenzaba á espantarme de veras, cuando el abate, que hacía como si no viera ni oyera, conociendo que era de



todo punto inútil esperar el almuerzo, se resolvió á salir; yo me apresuré á seguirle, muy contento de poder escaparme de entre aquellas furias. Mientras íbamos andando, me propuso ir á almorzar al café; yo no quise aceptar aunque tenía un hambre canina; él no insistió mucho, y nos separamos á la tercera ó cuarta esquina; yo alegrándome de perder de vista cuanto se relacionaba con aquella maldita casa; y él, muy satisfecho, si no me equivoco, por haberme alejado lo bastante, para que no me fuese fácil reconocerla.

Como ni en París ni en ninguna otra ciudad me ha sucedido nunca nada semejante á estas dos anécdotas, me ha quedado de Lyon una impresión desagradable, y siempre he mirado esta ciudad como la más corrompida de Europa.

Tampoco contribuye á hacerme grata lo memoria de aquella población el recuerdo del extremo á que me vi en ella reducido. Si yo hubiese sido como otros y hubiese sabido pedir prestado y hacer trampa en el mesón, fácilmente hubiera salido del paso; pero en este punto mi ineptitud igualaba á mi repugnancia. Para hacerse cargo del punto á que llegan una y otra, basta saber que, después de haber pasado casi toda la vida en la escasez y á menudo próximo á carecer de pan, nunca me ha sucedido que habiéndome pedido dinero algún acreedor, no se lo haya dado al momento. Nunca he sabido comprar al fiado, y siempre he preferido sufrir privaciones á quedar debiendo.

No hay duda de que es doloroso verse reducido á pasar la noche en la calle, y esto me ha sucedido en Lyon diferentes veces. Prefería emplear en comer mejor que en dormir los pocos sueldos que me quedaban, porque después de todo, era menos fácil morir de sueño que de hambre. Lo sorprendente es que en medio de tan aflictiva situación no me hallaba inquieto ni afligido. No me importaba nada el porvenir, poco ni mucho, y esperaba la contestación que debía recibir la seño-

rita del Chatelet, acostándome al raso, y durmiendo tendido en tierra ó sobre un banco, tan tranquilamente como sobre un lecho de rosas. Recuerdo que hasta pasé una noche deliciosa fuera de la ciudad, en un camino que seguía el curso de Ródano ó del Saona, no sé fijamente cuál de los dos. Adornaban el camino jardines escalonados por el lado opuesto al río; era el crepúsculo vespertino de un día muy caluroso; el relente humedecía la marchita hierba; no se sentía ni un átomo de viento. Se presentaba una noche tranquila; el aire era fresco sin ser frío; después de puesto el sol, había dejado el cielo lleno de rojos matices, cuyo reflejo teñía el agua de color de rosa; los árboles de los jardines estaban llenos de ruiseñores que se respondían unos á otros. Yo me paseaba poseído de una especie de éxtasis, abandonando mis sentidos y mi corazón al goce de tanta belleza, sintiendo algún tanto únicamente el gozar de ella solo.

Absorbido en dulce arrobamiento, continué mi paseo hasta muy entrada la noche, sin observar que me hallaba fatigado. Al fin hube de notarlo. Me acosté voluptuosamente sobre la meseta de una especie de nicho ó puerta falsa que había en la pared de uno de los huertos; el techo de mi cama eran las copas de los árboles; precisamente se hallaba un ruiseñor posado en una de las ramas que sobre mí se extendían, y me dormí arrullado por su canto; dulce fué mi sueño; más dulce el despertar. Era ya bien de día; al abrir los ojos vi el agua, el verdor, un paisaje admirable. Me levanté, me limpié la ropa y me dirigí alegremente á la ciudad, resuelto á gastar en un buen almuerzo dos piezas de seis blancas que me quedaban todavía. De tan buen humor estaba, que fui cantando todo el camino; y hasta me acuerdo que entonaba una cantata de Batistín, titulada *los Baños de Thomery*, que sabía de memoria.

Bendito sea el buen Batistín y su cantata, que me valió un almuerzo mucho mejor de lo que yo me imaginaba y una comida mejor todavía. He ahí que, á lo mejor de mi canto y de



mi camino, oigo que alguien camina detrás de mí; me vuelvo y veo á un antonino<sup>1</sup> que venía detrás y parecía oirme con gusto. Se me acercó, me saludó y me preguntó si sabía de música. Contesté que un poco, para dar á entender un mucho. Siguiéron las preguntas y le conté parte de mi vida. Me preguntó si había copiado música alguna vez. Respondíle que á menudo, y era la verdad: el mejor modo como podía aprenderla era copiándola. «Pues bien, me dijo, venid conmigo; podré daros ocupación algunos días, durante cuyo tiempo no os faltará nada, con tal que os conforméis con no salir de la habitación.» Yo consentí de buena gana y me fui con él.

Ese antonino se llamaba Rolichón; era aficionado á la música, la conocía y cantaba en unos pequeños conciertos que daba con sus amigos. Nada había en esto que no fuese inocente y digno; pero esa afición degeneraba al parecer en furor y se veía obligado á ocultarla en parte. Condújome á una pequeña estancia, donde quedé instalado, en la que hallé mucha música copiada por él. Díome otras piezas para copiar y, en particular la sobredicha cantata, que él había de cantar á los pocos días. Allí estuve tres ó cuatro, copiando constantemente todo el tiempo que no empleaba en comer, porque en la vida había estado tan hambriento ni había tenido tan buena mesa. Él mismo me traía de comer de la cocina; y por cierto que había de ser buena, si su comida correspondía á la mía. En la vida he comido con tanto gusto; si bien hay que confesar que esos bocados vinieron muy á tiempo, porque yo estaba como una espátula. Casi trabajaba con tanto ahinco como comía, que no es poco decir; si bien es cierto que no era tan correcto como diligente.

Algunos días después, encontré por la calle al señor Rolichón, que me dijo que mis copias habían puesto la música de modo

<sup>1</sup> Los antoninos eran una comunidad de monjes secularizados.

que no podía ejecutarse, pues estaban llenas de omisiones, repeticiones y transposiciones. Preciso es confesar que escogí la ocupación que menos me convenia; no es que mis copias no fuesen limpias y hasta bellas; pero el fastidio de un trabajo interminable me causa tales distracciones que paso más tiempo raspando que en escribir, y si no pongo la mayor atención en confrontar las partes, siempre hago estropear la ejecución. Así es que, queriendo trabajar bien, hice mucho malo, y para ir aprisa iba disparatando. Esto no impidió que el señor Rolichón me tratase siempre bien, y cuando hube concluido me dió un escudo, por cierto muy mal ganado, que fué mi salvación, pues á los pocos días recibí noticias de mamá, que se hallaba en Chamberí, y dinero para ir á reunirme con ella, lo que hice con la mayor satisfacción. Desde entonces, mi caudal ha sido frecuentemente muy reducido, pero nunca hasta tal extremo que me haya visto en el caso de quedarme en ayunas. Recuerdo esta época de mi vida con gratitud hacia la Providencia. Es la última vez que he experimentado el hambre y la miseria.

Todavía permanecí siete ú ocho días en Lyon, esperando los encargos que mamá hizo á la señorita del Chatelet, á quien durante ese tiempo visité con más frecuencia, teniendo el placer de hablar con ella de su amiga, no sintiéndome ya perturbado por la desdicha cruel que me obligaba á ocultar mi situación.

La señorita del Chatelet no era joven ni hermosa, pero no carecía de cierta gracia; era franca y afable, y su viveza daba realce á su familiaridad. Tenía esa moral observadora que induce á estudiar á los hombres, y de ella me ha provenido en primer lugar esa misma tendencia. Era aficionada á las obras de Le Sage, principalmente al *Gil Blas*; hablome de él, y me lo prestó; yo lo lei con gusto; pero no tenía aún bastante madurez para esa clase de lecturas; necesitaba novelas llenas de grandes sentimientos. Así pasaba el tiempo en la reja de la



señorita de Chatelet, con tanto gusto como provecho; y es muy cierto que las interesantes conversaciones de una mujer de talento son más eficaces para formar á un joven que toda la pedantesca filosofía de los libros. En las Chasottes conocí á otras amigas suyas y pensionistas, entre ellas á una niña de catorce años, llamada señorita Serre, en quien no fijé mucho la atención entonces, pero de quien me apasioné ocho ó nueve años más tarde, y con razón, porque era una joven adorable.

Absorbida mi atención por la idea de ver pronto á mamá, di alguna tregua á mis quimeras, y la felicidad real que me esperaba me dispensaba de buscarla en mis visiones. No solamente volvía á encontrarla, sino que á su lado y por ella obtenía una posición agradable; pues me indicaba que me había encontrado una ocupación que esperaba me convendría, y que me permitiría permanecer á su lado. Yo me deshacía en conjeturas para adivinar cuál sería esa ocupación, y, á la verdad, hubiera sido devanarme los sesos para acertar. Me encontraba con dinero bastante para hacer el viaje con comodidad y la señorita del Chatelet quería que tomase un caballo; mas no quise de ningún modo, y tuve razón sobrada; hubiera perdido el placer del último viaje á pie que he hecho en mi vida, pues no puedo dar este nombre á las excursiones que á menudo hacía á los alrededores, cuando vivía en Motiers.

Es cosa bien extraña que nunca se remonta mi imaginación á tan gratas regiones como cuando me hallo en un estado más aflictivo; y al contrario, cuando todo ríe en derredor mío, entonces es menos risueña mi fantasía. Mi mala cabeza no puede sujetarse á la realidad. No puede embellecer, necesita crear. Los seres reales se pintan en ella, cuando más, tales como son; no sabe adornar más que los objetos imaginarios. Si quiero describir la primavera, es preciso que me halle en el invierno; si quiero pintar un hermoso paisaje, he de hallarme entre cuatro paredes; mil veces he dicho, que si algún día me hallase

preso en la Bastilla, escribiría allí el cuadro de la libertad.

Al salir de Lyon, no veía otra cosa que un grato porvenir; estaba tan contento y tenía tantos motivos para estarlo, cuanto los tenía para estar disgustado al salir de París. Sin embargo, durante este viaje no tuve aquellos deliciosos delirios que en el otro me habían acompañado. Tenía el corazón tranquilo y nada más. Me aproximaba enternecido á la excelente amiga que iba á ver otra vez; gozaba anticipadamente, pero sin delirio, el placer de vivir con ella; siempre lo había esperado; era como si nada nuevo me hubiese sucedido. Me inquietaba lo que iba á hacer, como si hubiese habido por qué inquietarse. Mis ideas eran agradables y apacibles, no celestiales y arrobadoras. Me fijaba en todo lo que veían mis ojos, ponía atención en los paisajes, observaba los árboles, las casas, los riachuelos; me detenía á deliberar en las encrucijadas; temía extraviarme, pero no me extraviaba. En una palabra, ya no me hallaba en el empireo, me hallaba tan pronto en el sitio en que realmente me encontraba, como en el lugar hacia donde me dirigía, pero nunca mas allá.

Refiriendo mis viajes, soy lo mismo que cuando los hacía; no sé llegar nunca á su término. Al aproximarme á mi cara mamá, el corazón me latía de gozo, y sin embargo no apresuraba el paso. Me gusta andar tranquilamente y detenerme cuando me acomoda. La vida ambulante es la que mejor me conviene. Ir de camino con buen tiempo, por un país hermoso, sin llevar prisa, y tener un objeto agradable por término del viaje, he ahí, de todos los modos de vivir, el que más me agrada. Sabido es lo que yo entiendo por un país hermoso. Nunca me lo ha parecido el que está formado de llanuras, por más que realmente lo sea. Yo quiero torrentes, peñas, abetos, bosques sombríos, montañas, caminos escabrosos por donde tener que subir y bajar; precipicios que me hagan estremecer. Este placer tuve al acercarme á Chamberí, y lo gocé con todo su



atractivo. No lejos de una montaña cortada, llamada el Paso de la Escala, debajo de la carretera abierta en la roca, en el lugar llamado Chailles, corre y bulle por un espantoso abismo un riachuelo que parece haber empleado millares de siglos en abrirse paso. A lo largo del camino hay un parapeto para evitar las desgracias que podrían ocurrir; así es que podía contemplar el fondo, y tener el gusto de experimentar vértigos á mi satisfacción; porque lo más extraño que hay en mi afición á los lugares escarpados es que me causan desvanecimientos; y esto me agrada, con tal de que no corra peligro de caerme. Apoyado en el parapeto, avanzaba la cabeza, y así pasaba horas enteras, entreviendo de cuando la espuma y el agua azulada cuyo mugido oía, mezclado con los chillidos de los cuervos y las aves de rapiña que volaban de una á otra roca, y de una á otra maleza, á cien toesas debajo de mí. En los puntos donde la pendiente era bastante lisa y la maleza no muy espesa de modo que dejase pasar los guijarros, iba á buscarlos, aunque hubiese de andar bastante, tan grandes como me permitían mis fuerzas, los amontonaba sobre el parapeto, y luego, lanzándolos uno tras otro, me deleitaba viéndolos rodar, y dar botes y romperse con estrépito antes de llegar al fondo del precipicio.

Más cerca de Chamberí, presencié un espectáculo semejante, pero en sentido contrario. El camino pasa junto á la cascada más hermosa que en mi vida he visto. La montaña es tan escarpada, que el agua se desprende completamente y cae en arco bastante abierto para permitir pasar entre el agua y la peña, á veces sin temor de mojarse; pero si no se va con cuidado, es muy fácil verse burlado, como á mí me sucedió; pues á causa de la gran altura de donde cae, una parte del agua se divide en polvo, y el que se aproxima demasiado á aquella nube, sin hacerse cargo por el momento de que se está mojando, luego se encuentra calado.

Por fin, llegué y la volví á ver. No estaba sola. En el momento de mi llegada, se hallaba en su casa el intendente general. Ella, sin decirme una palabra, me cogió por la mano y me presentó á él con aquella gracia que le granjeaba todos los corazones. «He aquí, dijo, este pobre joven, dignaos protegerle mientras lo merezca, y ya quedo tranquila por el resto de su vida.» Luego añadió, dirigiéndose á mí: «Hijo mío, vais á servir al rey; dad las gracias al señor intendente que os da el pan.» Yo abrí desmesuradamente los ojos, sin decir palabra, sin saber qué pensar; á punto estuve de abandonarme á la naciente ambición y verme hecho ya todo un señor intendente. No resultó mi fortuna tan brillante como me había parecido en vista de aquella introducción; pero mientras tanto era lo suficiente para vivir, y para mí era mucho.

He ahí de lo que se trataba.

El rey Víctor Amadeo, juzgando por el éxito de las guerras precedentes y por la situación del antiguo patrimonio de sus mayores, que se le escaparía de entre las manos algún día, no procuraba otra cosa que agotarlo. Hacía algunos años que, queriendo obligar á la nobleza á que pagase los pechos, había dado orden de que se hiciese un catastro general en todo el país, á fin de que, al realizar el tributo, pudiese hacerse el reparto con más equidad. Este trabajo, comenzado en vida del padre, fué concluido en el reinado del hijo. Se emplearon en él doscientos ó trescientos hombres, entre agrimensores que se llamaban geómetras, y escribientes que se llamaban secretarios, y mamá me hizo inscribir entre los últimos. Era un empleo que, sin ser lucrativo, daba para vivir con holgura en aquel país. El mal estaba en que era por cierto tiempo; pero daba espacio para buscar otra cosa y esperar, y ella procuró obtenerme la protección particular del intendente, por previsión, á fin de que, terminada la tarea, pudiese pasar á otro empleo más permanente.



Pocos días después de mi llegada, empecé á desempeñar mi cometido, que no ofrecía ninguna dificultad, y pronto estuve al corriente. Así es como, después de cuatro ó cinco años de correrías, de locuras y penalidades, desde mi salida de Ginebra, empecé á ganarme honradamente la vida por vez primera.

Estos minuciosos detalles de mi primera juventud habrán parecido pueriles, y lo siento. Aunque siendo ya un hombre desde la infancia desde ciertos puntos de vista, he sido por otra parte niño durante mucho tiempo, y todavía lo soy en bastantes cosas. No me he comprometido á presentar al público un gran personaje; he prometido manifestarme tal cual soy, y, para conocerme en mi edad avanzada, preciso es conocerme bien en mi juventud. Como generalmente los objetos me impresionan menos que su recuerdo, y todas mis ideas estriban en imágenes, los primeros caracteres que se han impreso en mi alma han sido permanentes, y los que han venido posteriormente más bien se han combinado con los primeros que no los han borrado. Existe cierta sucesión de ideas y de afectos que modifican á los que les siguen y que es necesario conocer para juzgar con exactitud. Siempre procuro desarrollar bien los principios para hacer sensible el encadenamiento de las causas y efectos. Quisiera poder hacer en cierto modo que mi alma se transparentase á los ojos del lector; y para esto, procuro mostrársela desde todos los puntos de vista, presentarla bajo todos sus aspectos, hacer de modo que no pase desapercibido ningún movimiento, á fin de que pueda juzgar por sí mismo el principio que los produce.

Si yo tomase á mi cargo describir el resultado y le dijese: Este es mi carácter; podría pensar, si no precisamente que le quiero engañar, á lo menos que me equivoco; pero detallando con sinceridad cuánto me ha pasado, todo lo que he hecho, lo que he pensado, lo que he sentido, no puedo inducirle en error, á lo menos de intento y á sabiendas; y aun cuando lo

quisiese, no me sería fácil de este modo. Toca al lector reunir los elementos y determinar el ser que componen; el resultado ha de ser obra suya; y entonces, si se equivoca, no será por culpa mía. Ahora bien, para esto no basta que mis relatos sean fieles, también deben ser exactos. Á mí no me corresponde juzgar de la importancia de los hechos; debo decirlos todos, y dejarle el cuidado de escoger. Á esto me he dedicado hasta aquí con todas mis fuerzas y no me cansaré de ello en lo sucesivo. Mas los recuerdos de la edad adulta son siempre menos vivos que los de la infancia. He comenzado por sacar de éstos el mejor partido que me ha sido posible. Si los demás se refrescan en mi memoria con la misma fuerza, los lectores, impacientes tal vez, se fastidien, pero yo no quedaré descontento de mi trabajo. Sólo una cosa tengo que temer en esta empresa, y es no ya el decir demasiado ó decir mentiras, sino al contrario, el no decirlo todo y callar verdades.

---

## LIBRO QUINTO

---

(1732 á 1736.)

Me parece que era el año 1732 cuando llegué á Chamberí, como acabo de decir, y comencé á desempeñar un empleo en el catastro al servicio del rey. Yo tenía veinte años cumplidos, cerca de veintiuno. En cuanto al espíritu, estaba bastante formado para mi edad, mas mi juicio distaba mucho de estarlo, y para aprender á conducirme, me eran muy necesarias las manos en que me hallaba. Porque algunos años de experiencia no